

Sobre la Izquierda por venir y la horizontalidad.

Mazzeo, Miguel; *El Sueño de una cosa (Introducción al poder popular)*, Buenos Aires, Editorial El Colectivo, 2007 (pp. 152-164).

Llama poderosamente la atención la heterogeneidad de las identidades y experiencias precedentes como la homogeneidad en las críticas hacia las mismas. Específicamente: una crítica de los trayectos y los esquemas clásicos del populismo y la izquierda tradicional (incluyendo a todos los significantes del leninismo) y a las formas en que éstos reactualizan el reformismo, el vanguardismo, el sectarismo, el dogmatismo y el electoralismo.

De esta manera se viene delimitando el campo (que involucra elementos esenciales de un nuevo imaginario plebeyo-popular) de una “nueva-nueva izquierda”. Pero como pretendemos dar cuenta del estado actual del proceso de constitución de lo nuevo que recién está dando sus primeros pasos, preferimos hablar de una “izquierda por venir”. Si bien podemos suponer que esta izquierda será una realidad efectiva cuando logre determinados niveles de síntesis que contendrán transformados los elementos de la tesis y la antítesis, no podemos ni deseamos hacer ningún tipo de predicciones sobre el sentido de esta transformación.

(...)

La izquierda por venir reivindica la horizontalidad como el camino más adecuado para abolir la división del trabajo político y la burocracia y para socializar y extender el poder popular. Más allá de que en muchos casos aún predomine una mirada cándida en relación a la horizontalidad y una concepción estrictamente procedimental. Por ejemplo, existe una tendencia a asociar la horizontalidad exclusivamente a lo que los antiguos griegos denominaban *isegoría* (tomar la palabra) e *isopsephía* (darle el mismo valor a todas las voces).

La horizontalidad, vista como un procedimiento, no constituye un valor en sí misma, como tal vale en cuanto sirve para apuntalar los procesos de autoemancipación de las clases subalternas, cuando contribuye a la construcción de autonomía y poder popular. Ahora bien, existen otras dimensiones de la horizontalidad que remiten a aspectos sustantivos de un proyecto popular y que son prefigurativas de la nueva sociedad, básicamente: una crítica al principio de representación entre dirigentes y ejecutantes, una reacción frente a la teoría revolucionaria concebida como un conjunto de saberes (en muchos casos recetas) en posesión de especialistas en cuestiones políticas universales, la búsqueda de una forma que socialice las funciones de dirección, el rechazo del socialismo visto como un mero sistema de transformación objetiva de la economía. Sin mucho esfuerzo se puede deducir el vínculo indisoluble entre todos estos tópicos.

Es precisamente por esto que una construcción que se inspire en principio de la horizontalidad tiene que ser la antítesis del modelo capitalista. Un modelo jerárquico y burocrático que reprodujo y exageró el socialismo real y al que todavía se aferran los partidos y las organizaciones de izquierda que creen que la revolución es la realización de un saber específico, por lo general emparentado con la física y la mecánica.

El hecho de que todos hablen en una asamblea, con la importancia que pueda tener, por sí solo no garantiza nada.

Cuando se pierden estas dimensiones sustantivas y prefigurativas, la horizontalidad se puede convertir en un fetiche articulador de sectas. Una forma de engaño de dirigentes y especialistas encubiertos, de facto, que no hacen más que intentar el infierno imposible de una cárcel autogestionada.

La horizontalidad sustantiva debe ser también una aspiración permanente, a la que hay que alimentar con prácticas puntuales. Esta modalidad de horizontalidad es consustancial a la formación popular continua que no debe confundirse -como lo hace la izquierda tradicional- con el “adoctrinamiento” (que busca la infalibilidad de las élites y no inicia a las bases en los desfallecimientos), sino que debe asentarse en un tipo de estructuras organizativas que sean formativas por sí mismas, y en la práctica de una educación popular liberadora que genere en las clases subalternas la conciencia de ser portadora de estrategias de transformación y que, simultáneamente, masifique elementos políticos y transmita valores alternativos a los del sistema capitalista. La formación popular nos hace permanecer en el tiempo y nos permitirá incidir vigorosamente en la realidad. Contrarresta, además, la atroz discontinuidad que es propia de la condición subalterna. La horizontalidad sustantiva, por su temperamento, es indescindible de la socialización de la información y los saberes – Cornelius Castoriadis decía que “decidir es decidir con conocimiento de causa”¹ –, y la persistente reflexión sobre la praxis contrahegemónica.

1 Castoriadis agregaba: “Si son alguno o algunos quienes disponen en exclusiva de las informaciones y definen los criterios según los cuales se toma una determinada decisión, no es ya la colectividad quien decide, aunque formalmente vote. Esto significa que quienes deciden han de disponer de todas las informaciones pertinentes. Pero también que ellos puedan definir los criterios a partir de los cuales se decide. Y que dispongan, para hacer esto, de una formación más amplia.”